



Anjou, esposo de Matilde, quedando separado desde entonces de la corona de Inglaterra. Sin embargo, Enrique II, hijo de Godofredo, obtuvo la investidura de la Normandía, después de la muerte de su padre; obligó al rey Estéban á reconocerle como sucesor suyo, y preparó nuevamente la reunion de los dos países. Luis VII, cediendo á la voz elocuente de San Bernardo, que predicaba la *segunda cruzada* y estimulaba á los príncipes cristianos á socorrer el reino de Jerusalem, amenazado por los turcos, se cruzó y marchó á la Palestina con un numeroso ejército, dejando encargado el gobierno de Francia durante su ausencia al abad Suger; pero esta expedición fracasó, y Luis VII volvió á Francia después de haber perdido la mayor parte de su ejército. Algun tiempo después, la muerte le arrebató su principal consejero, el abad Suger, y entonces se separó de su mujer, Leonor, cuya inconstante conducta había enajenado el afecto de su esposo. La disolución de este matrimonio fué ratificada por la Iglesia, en atención al parentesco que existía entre Luis y Leonor, cuyo parentesco se ignoraba cuando se celebró el matrimonio, razón por la cual no se había dispensado. Leonor casó con Enrique, duque de Normandía, llevando en dote el condado de Poitou, la Guena y la Gascuña; de manera que este príncipe reunió bajo su autoridad casi todos los países occidentales de Francia, desde las fronteras de la Flándes hasta más allá del Garona, y fué más poderoso que su soberano el rey de Francia. Cuando Enrique ocupó el trono de Inglaterra, á la muerte de Estéban, estalló inmediatamente la rivalidad entre los dos soberanos.

Una de las más funestas consecuencias de las invasiones germánicas, fué la ruina de la mayor parte de las ciudades romanas en las provincias invadidas por los bárbaros. Sin embargo, no era igual su suerte en todas partes; en el mediodía de Francia, hasta el Loira por el Norte, un número determinado de ciudades conservaba, en parte al menos, el régimen municipal romano, según el cual los habitantes libres tomaban parte en la administración de la ciudad. Los señores eclesiásticos ó legos que ejercían la autoridad suprema en estas

ciudades, contribuyeron á formar con los notables las constituciones comunales libres. Estas ciudades, que podrian llamarse ciudades de origen romano, no se separaron de la autoridad señorial hasta más tarde, y entonces fué para someterse á la autoridad de los reyes de Francia.

En el norte de Francia y en las provincias belgas, un gran número de ciudades habia sido completamente destruido por los bárbaros, y en las que habian librado de esta destrucción, los habitantes estaban reducidos á la condición de siervos, y privados de los derechos políticos. La Iglesia salvó en esta ocasión á tales ciudades, estableciendo en ellas sillas episcopales ó grandes monasterios; un reducido número de estas ciudades sirvió de residencia á los señores legos. La importancia de las ciudades aumentó cuando los habitantes del campo vinieron á ellas atraídos por las fiestas religiosas y por las asambleas administrativas y judiciales, que desde el reinado de Carlo-Magno se reunían en las mismas, bajo la presidencia de los condes ó de los comisarios regios. Las invasiones de los normandos detuvieron el progreso de estas ciudades; un gran número de ellas fueron saqueadas y robadas por estos bárbaros. Esto no obstante, se formó entonces al lado de los señores y de sus vasallos, y al lado de los siervos, una tercera clase de personas que al principio formaban parte de la población esclava, y que se dedicaba principalmente á la industria y al comercio. Los comerciantes y los industriales adquirieron por la naturaleza misma de sus ocupaciones una posición más independiente respecto de sus señores, y poco después, aprovechándose de las circunstancias favorables, consiguieron ciertos derechos y franquicias. La marcha de los señores á Tierra Santa con motivo de las Cruzadas, el conflicto entre las dos autoridades constituidas en la misma ciudad, la del obispo y la del conde, y la lucha entre el poder real y la nobleza feudal, tales son las principales causas que favorecieron el establecimiento de las constituciones comunales libres en las ciudades.

La primera franquicia que consiguió la clase media de las ciudades, fué la judicial ó el



derecho de ser juzgados por un tribunal, cuyos miembros eran elegidos por ella de entre los individuos de su seno. Este tribunal ejercía solamente la jurisdicción civil, conservando el señor la jurisdicción criminal. Los miembros de este tribunal se llamaban *scabini* (regidores), y estaban presididos por el *merino* (alcalde). Más tarde, la clase media tomó parte en la administración de la ciudad; nuevos magistrados nombrados por elección y llamados jurados, se encargaron entonces del poder administrativo, y formaron en union de los *scabini* el pequeño consejo. Después se autorizó á la clase media para celebrar asambleas donde libremente resolvieran lo más conveniente á los intereses del comun, y para tomar las armas á fin de defender sus derechos y libertades. Finalmente, las constituciones comunales que habian venido á reemplazar á la autoridad señorial, se inscribieron en las cartas que los reyes de Francia confirmaron, y las ciudades estuvieron desde entonces sujetas á la autoridad real. San Luis concluyó esta transformación, haciendo que las ciudades dependieran inmediatamente de su autoridad, obligándoles á pedir la ratificación en la elección de sus magistrados, y además á dar cuenta anual de su gestión.

Al ocupar el trono de Inglaterra Enrique II, trató de restablecer la autoridad real poco respetada por los señores; la larga guerra de sucesión y las concesiones que Estéban de Blois se vió obligado á hacer para conseguir que le auxiliáran contra Matilde, les hizo casi enteramente independientes. Atrincherados en sus fortificados castillos, creían que podrian despreciar impunemente las órdenes del rey. Enrique II marchó contra ellos, tomó y destruyó sus castillos y les obligó á someterse. No obstante el descontento de Luis VII por el matrimonio de Enrique con Leonor, la paz con la Francia continuó sin interrupción, gracias á la habilidad de Tomas Becket, canciller del rey de Inglaterra. Pero estalló la guerra con motivo del condado de Tolosa; Enrique II tomó las armas á la muerte del conde Raimundo, para hacer valer sus pretensiones sobre este condado. Hecha la paz, las dos hijas de Luis VII, Margarita y Alix, se enlazaron con los dos hi-

jos de Enrique II, Enrique y Ricardo; pero á pesar de esto se rompieron nuevamente las hostilidades, y duraron hasta la paz de Montmirail; el rey de Inglaterra cedió á su hijo mayor Enrique el condado de Anjou y de Maine; al segundo, Ricardo, la Guena, y al tercero, Godofredo, la Bretaña; Luis VII les dió la investidura de estos países.

Otro asunto contribuyó también á conservar la desavenencia entre Francia é Inglaterra. Enrique II elevó á la silla metropolitana de Cantorbery á su canciller y amigo Tomas Becket, de quien no esperaba oposición á los frecuentes actos con que violaba el privilegio de las inmunidades eclesiásticas. Pero Tomas Becket defendió con energía los derechos de la Iglesia, é irritó de tal manera al rey con su oposición, que se vió obligado á abandonar la Inglaterra para salvar la vida. Se retiró á Francia, donde Luis VII le hizo una favorable acogida. Las discordias entre Enrique II y Tomas Becket fueron delatadas al papa Alejandro III, que amenazó con la pena de excomunión al rey de Inglaterra, si persistía en sus violencias para con la Iglesia. Esta amenaza hizo retraer á Enrique II, que se reconcilió con Becket y le permitió volviera á Cantorbery. Pero apenas el santo obispo hubo llegado á la ciudad, fué muerto al pié del altar en su catedral por cuatro caballeros, á quienes impulsó á cometer este crimen una palabra irreflexiva pronunciada por el rey. Enrique II se declaró culpable, y se reconcilió con el papa Alejandro III, quien canonizó al valiente defensor de los derechos de la Iglesia. Dos años después del asesinato de Santo Tomas, los hijos de Enrique se rebelaron contra su padre, apoyados por el rey de Francia. El rey Guillermo de Escocia hizo alianza con ellos é invadió la Inglaterra, en tanto que los príncipes sitiaban á Rouen. Enrique II, después de hacer una piadosa peregrinación á la tumba del santo mártir, se puso al frente de sus tropas y derrotó á los escoceses. Después fué á la Normandía y obligó á sus hijos á que le prestaran obediencia. La paz de Mont-Louis puso término á la guerra contra el rey de Francia.

El más importante suceso del reinado de





Enrique II fué la conquista de Irlanda y la union de esta isla á Inglaterra. La Irlanda era el único país en el que se había conservado la nacionalidad céltica sin sufrir la influencia de la civilizacion romana. Pronto se propagó el cristianismo entre las tribus irlandesas, siendo allí dominante en el siglo V, merced al celo apostólico de San Patricio. La piedad y celo de los irlandeses eran tan grandes, que su isla recibió el nombre de Isla de los Santos. Pero á partir del siglo IX, los daneses ó normandos hicieron á este país frecuentes incursiones, pudiendo fácilmente conquistarla, al ménos en parte, á causa de la division política en que se hallaba la isla. Los habitantes cayeron nuevamente en la barbarie para no salir de ella hasta que cesaron las invasiones de los daneses, á fines del siglo X. Cinco reinos se formaron entonces en Irlanda, ejerciendo uno de sus soberanos una especie de soberanía sobre los demas. Sin embargo, las frecuentes guerras que se hacian estos príncipes dieron por resultado la pérdida de la independenciam de Irlanda. Enrique II, llamado por el rey Dermot de Leinster, se presentó en aquel país al frente de un ejército y obligó á los príncipes irlandeses á que le reconocieran por soberano. Algunos años despues dió la investidura del señorío de Irlanda á su hijo Juan, quedando unido desde entonces á Inglaterra.

Enrique II tuvo que sostener todavía á fines de su reinado una guerra contra el rey de Francia Felipe Augusto; pero desistieron ambas partes cuando supieron la nueva de la toma de Jerusalem por Saladino. Los reyes de Francia y de Inglaterra, como tambien los príncipes cristianos de Occidente, se cruzaron y resolvieron ir juntos á Tierra Santa. Pero Enrique II murió, y su hijo y sucesor Ricardo Corazon de Leon, cumplió el voto hecho por su padre.

Á consecuencia del divorcio de Luis VII con Leonor, la autoridad real en Francia estaba limitada á las provincias orientales del reino; las occidentales habían pasado al rey de Inglaterra por su matrimonio con esta princesa. Las guerras que estallaron entonces entre el rey de Francia y su poderoso vasallo fueron desfavorables al primero de estos príncipes; pero introdujeron un cambio importante en la orga-

nizacion de los ejércitos. Siguiendo el ejemplo de Enrique II, Luis VII permitió á los pequeños vasallos eximirse del servicio militar mediante una cierta cantidad de dinero: de esta manera podia sostener y pagar las tropas mercenarias que reclutaba en las provincias alemanas limítrofes á la Francia, y principalmente en el Brabante, por lo que se les llamó brabanzones. Pero como se licenciaba á estas tropas en tiempo de paz, llegaron á ser una verdadera plaga para la Francia: acostumbrados á vivir del pillaje, vendian sus servicios á quien queria comprárselos; Luis VII se vió obligado más de una vez á hacerles la guerra para evitar que cometieran violencias con los habitantes pacíficos de su reino. Antes de morir Luis VII hizo reconocer como sucesor suyo á su hijo Felipe Augusto en una asamblea de señores franceses celebrada en París, y le coronó en Reims. El joven príncipe casó con Isabel, hija del conde de Flainaut Balduino V y sobrina del conde de Flándes Felipe de Alsacia. Enrique II prestó homenaje á Felipe Augusto y recibió de él la investidura de los condados y ducados que, á título de feudos, tenía de la corona de Francia.

Felipe Augusto, que estaba dotado de una grande habilidad y de un carácter decidido y enérgico, manifestó desde su advenimiento la firme resolucion de que sus vasallos respetaran su autoridad. Obligó al conde de Flándes y al duque de Borgoña, ligados contra él en union de un gran número de señores, á deponer las armas, y marchó contra el rey de Inglaterra, que se negaba á cumplir las condiciones del tratado de Mont-Louis; pero hicieron la paz cuando se supo la toma de Jerusalem por Saladino, que llenó de inquietud á todo el Occidente. Felipe Augusto emprendió una cruzada con Ricardo Corazon de Leon, que había sucedido á su padre Enrique II. Al partir para Palestina, confió el gobierno de su reino á su madre Adelaida y á su tío Guillermo, arzobispo de Reims. La muerte del conde Felipe de Flándes, que había tomado parte en la cruzada, decidió á Felipe á volver á Francia. Al principio reclamó toda la sucesion del condado; pero despues consintió en dar la investidura de la Flándes á su suegro Balduino V de Hainaut, y



agregó á la Francia el condado de Artois. Los graves acontecimientos que ocurrían en Inglaterra le proporcionaron ocasion favorable para extender su autoridad.

Ricardo Corazon de Leon, ántes de partir para la Palestina, disgustó á los señores de su reino con los grandes impuestos que decretó á fin de procurarse el dinero necesario para la cruzada, y por haber confiado la regencia á Guillermo Longchamp, obispo de Ely y frances de nacimiento. Juan, hermano de Ricardo, utilizó este descontento para sus fines ambiciosos: á instigacion suya los señores ingleses obligaron á Longchamp á dimitir las funciones de gobernador, y nombraron en su lugar á Gautier, arzobispo de Rouen, que era adicto al príncipe Juan. Ricardo, que continuó en Palestina despues de la salida de Felipe Augusto, se apresuró á venir cuando supo esto; pero arrojado por una tempestad á las costas del Adriático cayó en poder del duque Leopoldo de Austria, á quien había ofendido en la toma de San Juan de Acre, y le encerró en una estrecha prision. Noticioso Juan de este hecho, pidió y obtuvo de Felipe Augusto la investidura de las posesiones inglesas de Francia á cambio de la mitad de Normandía; y cuando se disponía á usurpar el trono de Inglaterra, Ricardo recobró la libertad á los dos años de prision. Ricardo se reconcilió con su hermano, declaró la guerra á Felipe Augusto y le quitó las comarcas que le había cedido Juan. La guerra terminó á los cinco años por la intervencion del papa Inocencio III, que comprometió á los príncipes cristianos de Occidente á emprender una nueva cruzada. La muerte de Ricardo Corazon de Leon, hizo fracasar el proyecto. Su hermano Juan, que le sucedió, perdió por sus crímenes y locuras casi todas las posesiones inglesas que tenía en Francia.

Las reformas, que tanto impulso recibieron de Gregorio, y que sus sucesores lograron introducir, produjeron las más favorables consecuencias. El clero, independiente del poder civil, y libre de la pernicioso influencia de la simonia, se consagró con noble ardor á su elevada mision de trabajar en favor del bienestar moral é intelectual de la sociedad. La virtud y

la ciencia distinguieron á la mayor parte de sus miembros, desde los soberanos pontífices y los obispos hasta los más humildes curas de aldea. Todos rivalizaban en celo respecto á la predicacion del Evangelio é instruccion del pueblo. Nuevas órdenes religiosas nacieron y se desarrollaron con pasmosa rapidez, y animadas por el mismo espíritu de piedad y de amor á la ciencia que sus predecesores, produjeron un gran número de sabios, oradores y santos doctores, que ilustraron los siglos XII y XIII. Las ciencias recibieron un grande impulso, merced á esta filosofia que armonizaba la razon y la fe, y que se conoce con el nombre de escolástica. Entonces se fundaron tambien las universidades, planteles de las ciencias y de las bellas letras; la poesia florecia hasta en las córtes de los príncipes y emperadores. Al mismo tiempo se echaban los fundamentos de esas admirables catedrales, que tanto abundaron poco despues en toda Europa. La prosperidad material hizo progresos no ménos rápidos. La industria y el comercio recibieron un gran impulso en las poderosas ciudades comunales de Italia, Alemania, Francia y Bélgica, y un siglo más tarde la gran liga anséatica protegía el comercio en el norte de Europa, y obligaba á los reyes de Suecia, Dinamarca é Inglaterra á respetar sus derechos. La sociedad, pues, avanzaba en el camino del progreso y de la civilizacion, bajo la égida protectora de la Iglesia.

La órden de Cluny, que durante el siglo X se había extendido por casi todos los países cristianos de Europa, halló numerosos imitadores en las nuevas órdenes que durante los siglos XI y XII nacieron en Italia, España, Francia y Alemania. Las más principales de estas órdenes fueron: la de los camaldulenses, fundada en Italia por S. Romualdo; la de los cartujos, que fundó S. Bruno; la del Cister, fundada por S. Roberto, y que más tarde recibió el nombre de órden de los Bernardos, de S. Bernardo, el más ilustre de sus hijos; la de los Premonstratenses ó Norbertinos, cuyo fundador fué San Norberto, y la de los Carmelitas, fundada en Palestina por Bertoldo sobre el monte Carmelo. Las reglas de estas órdenes estaban todas ellas basadas en la de S. Benito, y se distinguían





por un gran rigor en el género de vida prescrito á los monjes: la alimentacion de los religiosos era sencilla y pobre, y el tiempo le distribuian entre el cultivo del campo, la oracion, el estudio, la predicacion del Evangelio y la instruccion del pueblo. Estas órdenes predicaron la moral cristiana tanto por la palabra, como y principalmente por el ejemplo, y ejercieron una poderosa influencia en el movimiento religioso; dieron además un grande impulso á la cultura de las ciencias y de las letras, que tanto esplendor alcanzaron en el tercer período de la edad media.

Las letras y las ciencias, que apenas se habian cultivado en la primera mitad del siglo X, levantáronse de su postracion á fines de este siglo, merced al impulso que dieron á los estudios la órden de Cluny, en el mediodía de Francia, y el monasterio de Bec en Normandía. La escuela de Bec fué el centro de una nueva filosofía, que muy pronto llamó la atencion de las inteligencias superiores. Tomando por punto de partida las verdades de fe, los filósofos escolásticos formularon un sistema, que se distingue por lo grande y elevado de sus concepciones. Lanfranc y San Anselmo, procedentes de la escuela de Bec y arzobispos sucesivamente de Cantorbery, fueron los primeros autores de esta filosofía, cuyos más dignos representantes son Pedro Lombardo, arzobispo de Paris, y Hug y Ricárdo, los dos monjes del convento de San Victor, cerca de Paris. La academia establecida en esta última ciudad es deudora de su celebridad á esta escuela filosófica; de ella nacieron dos sistemas opuestos, el de los nominalistas, cuyo autor era Roscelin de Compiègne, y el de los realistas, que reconoce como el más célebre de sus defensores á Guillermo de Champeaux.

Cuando esta controversia, que al principio fué pura y exclusivamente filosófica, pasó á los dominios de la teología, dió origen á doctrinas erróneas y heréticas. Dos hombres adquirieron entónces una triste celebridad por sus desvarios y errores, Abelardo y Arnolde de Brescia. El primero, despues de haber enseñado con brillantez la filosofía en Paris, abandonó esta enseñanza por la de la teología,

incurriendo en muchas herejías, que hizo notar San Bernardo, y que fueron condenadas en los concilios de Soissons y de Sens. Sin embargo, Abelardo se sometió á estas sentencias y murió en un convento de Chalons sobre el Saona, despues de haberse reconciliado con la Iglesia. Arnolde de Brescia, que habia sido discípulo suyo, no se limitó á enseñar y extender los errores de su maestro, sino que atacó al mismo tiempo los derechos políticos y civiles de la Iglesia y del clero. Sus opiniones hallaron eco en las ciudades de Italia, y principalmente en Roma, donde habian estallado frecuentes sublevaciones contra los soberanos pontífices. Arnolde se trasladó á la capital del mundo católico, y contribuyó á la proclamacion de la república. Pero sufrió el castigo que merecia por sus culpables manejos: cuando el emperador Federico I restableció en Roma la autoridad pontifical, Arnolde sufrió la última pena por órden de este príncipe.

San Bernardo, cuya grande figura llena el siglo XII, era natural de la Borgoña y pertenecia á una familia noble. Despues de estudiar la filosofía con Abelardo, se retiró á la órden del Cister, donde inmediatamente fué objeto de admiracion por parte de los que le rodeaban. Nombrado poco despues abad de Clairvaux, gobernó, por decirlo así, desde el fondo de aquella soledad á la Europa; porque los reyes y emperadores, los papas y los obispos, se dirigian á él pidiéndole consejo en todos los áridos negocios. Sin embargo, en medio de los negocios del mundo, San Bernardo se ocupaba en los estudios, y sus escritos son un monumento imperecedero de su genio. Señaló y combatió con grande energía las falsas doctrinas de Abelardo y Arnolde de Brescia, y llegó á reconciliar, á lo ménos por algun tiempo, las ciudades lombardas que se hacian una guerra encarnizada. En fin, á peticion del papa Eugenio III predicó una cruzada en Francia y en Alemania, y á su voz los soberanos de estos dos países hicieron una expedicion al Oriente. Murió hácia la mitad del duodécimo siglo; conforme al voto de toda la cristiandad, que ya le habia venerado en vida como un santo, fué canonizado por el papa Alejandro III.

## CAPÍTULO V

De la invasion de los moros en España.—Guadalete.—Muza.—Abdalasis.

Las armas de los sarracenos por estos tiempos volaban por todo el mundo con grande valor y fama. Tuvo esta gente, dice Mariana, su origen y principio en Arabia y á Mahoma por caudillo, el cual primeramente engañó mucha gente con color de religion. Despues se apoderó de las partes y provincias de Levante; desde allí se extendió hácia Mediodía, y en breve espacio de tiempo llegó hasta las postreras tierras de Occidente. Consideró el emperador Heraclio el peligro que amenazaba, y así, despues que venció á Cosroes, rey de Persia, y se apoderó del Asia, procuró con maña atajar en sus principios esta peste; dió sueldo á cuatro mil sarracenos de los más nobles y valientes. Mostró con esto querer honrarlos y hacer dellos confianza, como quier que á la verdad pretendiese tenerlos cerca de sí para seguridad que no levantasen segun que habian comenzado nuevas alteraciones y guerras. Sucedió que pidieron cierto vestido debido á los soldados por una ley de Justiniano que hasta hoy se conserva. Nególes su peticion el prefecto del fisco, que en tiempo tan estragado era un eunuco; dijoles palabras afrentosas, es á saber: «¿qué sobra á los soldados romanos que se pueda dar á estos canes?» Irritáronse ellos con aquella res-

TOMO IV

puesta y palabra de aquel hombre afeminado. Levantaron sin dilacion sus banderas, y vueltos á su tierra, se apoderaron de muchas ciudades comarcanas del imperio romano. Sujetarón á Egipto y á los persas, flacos á la sazón y sin fuerzas por las victorias que poco ántes sobre ellos ganaron los romanos, y no sólo los sujetaron como vencedores, sino tambien los compelieron á que profesasen la ley y tomasen el nombre de sarracenos. Con el mismo ímpetu tomaron toda la Siria, y diversas veces acometieron al África, en que los trances fueron diferentes, que á veces vencian y á veces al contrario, mas últimamente salieron con la empresa.

Fué así que el rey desta gente, por nombre Abimelech, con un grueso ejército, se metió por África y se puso sobre Cartago: tomola y echóla por tierra; pero sin embargo, fueron vencidos y echados de toda la África por Juan, prefecto del pretorio, gobernador á la sazón de aquellas partes. Tornábanse á rehacer para entrar de nuevo con más fuerzas y más bravos: por este respeto Juan se embarcó y pasó á Constantinopla para pedir gente de socorro al emperador Leoncio, que fué el año del Señor de setecientos poco más ó ménos. Las legiones

93